

EL CIELO CON LAS MANOS

MEMPO GIARDINELLI

EL CIELO
CON LAS MANOS



Giardinelli, Mempo
El cielo con las manos. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2014.
128 p. ; 22,5x14 cm.

ISBN 978-987-628-345-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: diciembre de 2014

© Mempo Giardinelli 1982 y 2014
© de la presente edición: Edhasa 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 5032 7069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN 978-987-628-345-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Arcángel Maggio División Libros

Impreso en Argentina

Esta edición de 2500 ejemplares de *El cielo con las manos*, de Mempo Giardinelli, se terminó de imprimir en Arcángel Maggio División Libros, Lafayette 1695, CABA, el 28 de noviembre de 2014.

A Jaime, protagonista involuntario de este libro

Capítulo I

Ah, no, usted no se imagina lo que fue aquello para mí. Yo tenía sólo trece años y estaba loco por Aurora. Ella tenía dieciocho pero a mí no me importaba. Sus pechos chiquitos, duros, firmes, y esos rulitos de la vagina, que se abrían hacia los lados, me volvían loco de remate. Y no me importaba lo demás. Ni sus ojos color miel, tan hermosos y expresivamente melancólicos, ni sus manos largas, finas, ni aun esas piernotas que uno suponía tan firmes como columnas griegas, como la resistencia francesa, como el mármol de las estatuas de la plaza principal de mi pueblo.

Yo era un muchacho inquieto, ladino, quizá menos superficial de lo que creía pero también menos brillante de lo que aparentaba. Y ya por entonces me poseían algunas manías y delirios que, inexorablemente, me colocaban ante situaciones incómodas, desesperantes.

Aquello a que me refiero fue lo que ustedes llamarían “una situación límite” y yo llamo un glorioso momento de mierda. Como cuando uno está por dar un jaque mate y viene un imbécil, tropieza, el tablero cae al suelo, no se puede reconstruir la partida y uno debe soportar que el rival asegure que estaba a punto de ganar. No, a mí eso me mata.

Yo estaba loco por Aurora. Me fascinaba conocerla tanto, espiarla siempre a través del ojo de la cerradura de la puerta del baño, amarla en ese silencio pertinaz y testarudo que hoy llamaríamos adolescente pero que entonces era tan sagrado y tan real como que yo no sólo la miraba, la espiaba, sino que hasta la poseía imaginariamente.

Todas las mañanas, cuando estaba en el colegio, me lamentaba por perdérmela cada vez que iba a orinar, o acaso durante su baño matutino. Ay, Jaime, usted no sabe cómo me volvía loco, pensando. No podría decirle que era la chica más linda de Resistencia, mi pueblo; no, era la mujer más hermosa del mundo. Vivía en mi casa desde hacía unos meses, desde que mi madre quedó viuda y decidió convertir la vieja casona en una pensión de señoritas.

Nosotros, a pesar de cierto opulento pasado y del reconocimiento social de Resistencia, nos habíamos vuelto pobres. La enfermedad y luego la muerte de papá se llevaron su poca fortuna. A mamá eso la postró en la angustia de encontrarse a los cincuenta y cinco años sin el compañero de treinta de ellos. Y a mí me dejó con una madre adorable a la que usted sabe cuántas veces quise estrangular y con la obligación de estudiar por la mañana, trabajar por la tarde y martirizarme cada noche.

Aurora llegó del interior de la provincia, de un pueblo llamado Machagai, donde su papá —un francés grandote que se había hartado de la guerra del catorce— era el único médico del hospital. Ella terminó la secundaria y empezó la universidad. Biología. Y tras andar de pensión en pensión, vino a vivir a mi casa. Y aunque no fue la primera huésped —antes llegaron una paraguayita pequeña y de ojos azules, dos gemelas morenas de Posadas, una gordita correntina y una robusta hija de búlgaros de otro pueblo del interior del Chaco, mi provincia— para mí fue la única. Usted me entiende: la tenía clavada en el corazón. Sí, suena cursi, pero a los trece años todos somos cursis. Qué quiere.

Debo confesarle que no me costó demasiado trabajo vencer algunos escrúpulos. Más me costó vencer el miedo a mamá, quien yo sabía que si me llegaba a encontrar espiondo a través del ojo de la cerradura sencillamente se infartaba, pero luego de darme la más formidable paliza de que eran capaces su metro setenta y sus casi noventa kilos.

A la semana de llegar Aurora a la casa, una tarde en la que no había nadie, me metí en la habitación de mamá, que tenía una puerta que daba al baño y cuya cerradura miraba directamente al retrete, a un costado de la bañera. La otra puerta era común a los demás usuarios y daba a un pasillo al que desembocaban todas las habitaciones, el que llevaba, por el sur, al comedor y a la cocina, y por el norte a la sala de estar y a la puerta de calle. No corría riesgos.

Me metí, le digo, y esperé a que Aurora entrara. Transpiré, me pareció que el tiempo se detenía, luché contra mi impaciencia y una prematura erección, y aguanté. Sabía que Aurora, en algún momento, tendría que ir al baño. Caray, la gente mea a cada rato, ¿no? Y más las mujeres, usted sabe cómo son: regaderitas, che, tormentitas de verano: necesitan gotear a cada hora. Aguanté. Hasta que la escuché caminar por el pasillo, oí que abría la puerta, entraba al baño y encendía la luz mientras yo contenía la respiración, sumido en súbito pánico porque sólo nos separaba la puerta cerrada. (En ese instante recordé que no le había puesto llave. Ella hubiera podido abrirla por simple curiosidad, o para buscar algo, ni siquiera por sospecha, y me habría pescado in fraganti, como se dice.)

Pero ella sencillamente se dirigió al retrete. Escuché sus pasos y, a la vez, acerqué mi ojo derecho, guiñando el izquierdo, a la cerradura, con la suficiente precaución como para que el vidrio de mi antejo no chocara contra la llave (con el tiempo, naturalmente, perfeccioné mi estilo y todas las veces cerraba con llave para luego retirarla). Y miré.

¡Casi me desmayo! Ese pequeño horizonte era la visión más hermosa del universo. Era el monte frondoso más breve del mundo: ahí estaban los pelos más sugestivos, la carne más deseable, el color, el olor, el sexto sentido padre de todos los sentidos. Era el punto culminante del amor, el vértice superior de todos los triángulos, la cima del Everest, la Atlántida, el Aleph,

el Koho-i-noor, la cueva de Alí Babá, el Cuco de todos los niños del mundo, el Duque de Alba, el Nekronomikon, “Lo que el viento se llevó”, la decimosexta maravilla, el descubrimiento de Machu Picchu, Chichén-Itzá en su esplendor, la traición de Juan Moreira, Sarmiento y Borges amando a Martín Fierro, el Nirvana, ¡su concha, Jaime, la concha de Aurora que me miraba, directo, a los ojos (a *mi* ojo, en realidad), en el instante en que terminaba de bajarse la bombacha, ese calzón minúsculo que también adoré, y yo sentía mi corazón tucutún-tucutún-tucutún, instante que se hizo eterno y que fue, Jaime, la primera vez que conocí la eternidad!

Capítulo II

Durante meses, la espíé. Cada día, a cada hora, espíarla se fue convirtiendo en una rutina que, por cierto, sólo se rompió el día en que mamá me descubrió. Vino de atrás, artera, y me encajó una patada en pleno culo que me lanzó contra la puerta, estrepitosamente. El choque provocó la rotura del vidrio derecho de mis anteojos, lo que contribuyó a aumentar mi repentina ceguera, a pesar de lo cual no dije ni mu y me aguanté en silencio, pero sintiendo que me ganaba el pánico porque Aurora se acercó a la puerta y trató de abrirla, cosa que no pudo hacer porque, por fortuna, estaba cerrada con llave.

Pero empezó a preguntar “quién es, quién es”, y mi vieja dijo “no, querida, fui yo que tropecé”, al tiempo que me pegaba un puñetazo en la espalda —yo estaba agazapado— y después decía con su misma voz dulce, monótona, “ay, querida, tropecé de nuevo, qué torpe estoy esta mañana”.

Y seguía y seguía golpeándome, aunque yo me había dado vuelta para defenderme. Era inaguantable, pero yo sabía que debía aguantarlo. El bochorno que me esperaba era tangible como la densidad del silencio, Jaime, le juro, y por eso mismo me ganaba la desesperación a medida que mamá avanzaba sobre mí como los Panzer de Rommel sobre los blindados de Montgomery, a los puntapiés y bufando, pero sin dejar de salmodiar “no te preocupes, querida, no me pasa nada, no hay que alarmarse, es pura torpeza”, y lo decía como si hubiera estado tejiendo un suéter, pero lanzándome yabs de izquierda y rechazos que yo evitaba a medias pero para encontrarme ora con un taconazo que me penetraba un riñón, ora con un directo a la mandíbula

que me aturdiría aún más, y todo en circunstancias en que no veía un carajo, con el vidrio roto y una astilla clavada en la ceja que empezaba a manar sangre como si yo hubiera sido víctima de un accidente ferroviario.

Pero el verdadero, el desesperante horror, fue el que sentí cuando Aurora ya no creyó en las palabras de mamá y salió del baño, por la otra puerta, y envuelta en una toalla desde los pechos hasta los muslos —qué visión, Jaime, mi dios— atravesó el pasillo para entrar al dormitorio justo en el momento en que mamá me lanzaba un ápercat de derecha que yo no pude esquivar porque la entrada de Aurora, apenas cubierta por tan estrecha y sensual indumentaria, me había distraído.

—Este degenerado —dijo mamá, avanzando nuevamente sobre mí, agitada, violenta—. ¡Yo lo mato, ahora sí que lo mato! ¡Me muero de la vergüenza!

Pero no se murió, Jaime. Todavía tuvo fuerzas para tirarme otra patada, en el paroxismo de su convulsión, que me hizo brincar contra la puerta, lo que literalmente me enterró el asa en la espalda, a la altura del pulmón izquierdo. De mí salió un sonidito débil, como un suspiro, y caí al suelo, mientras mamá se encargaba de ratificar lo ominoso de mis acciones:

—Te estaba espiando, el cretino te estaba espiando.

Aurora no dijo nada.

Ni una sola palabra, Jaime, ¡ni una sola!

Sencillamente me miró, a la vez que se reacomodaba la toalla a la altura de los pechos, lenta, acaso sensual, sugerentemente. No sé bien cómo me miró. Si usted me propone la ternura, le digo que me miró con ternura. Si me sugiere bronca, sí, en esa mirada había bronca. Pero es que también había deleite, halago, rabia, azoramiento, dulzura, gracia, rencor, de todo tenía. La mirada de Aurora siempre tenía de todo. Esos ojos eran amplios, gigantescos, podían mirar como cuando uno se sube a la Pirámide del Sol, en Teotihuacán, y abarca el horizonte más ancho

que se puede imaginar; el horizonte no termina, no hay cuatro costados, la vista se pierde, vuela, libre. El mundo no tiene fin. Los ojos de Aurora eran ilimitados, fecundos. Y así, con esa formidable capacidad, me miraron.

Sin pronunciar una sola palabra.

Entonces se dio vuelta y se fue a encerrar en su habitación, mientras mamá dudaba entre dirigirse a ella para pedirle disculpas y expresarle su vergüenza, o volver a avanzar sobre mí con toda su potencia de Panzer. Duda que aproveché para escabullirme y salir a la calle.

No aparecí en todo el resto del día. Anduve por ahí, dando vueltas, escapando de mi angustia, del miedo ese que crecía en mí y que me estrujaba la garganta. Y a la noche me encontré en la vereda del bar España, que quedaba en pleno centro, sobre la calle principal de la ciudad, escuchando una orquesta típica que yo adoraba, la del maestro Torcuato Vérmut, y viendo cómo algunas parejas bailaban tangos en la semipenumbra, un ambiente que a mí, que miraba desde la vereda, a través de esos vidrios medio sucios, de esas cortinas semitransparentes, engañosas, se me figuraba como un símbolo de la madurez y de la hombría. Y recuerdo que escuché “Nostalgia” esa noche, una, dos, tres veces, no sé, se me quedó grabada la voz de ese gordo de patillas frondosas que era la estrella de la orquesta de Vérmut, quien imitaba a la perfección a Julio Sosa; se me quedó grabada la voz, le digo, entonando:

Nostalgia

de escuchar tu risa loca

de sentir junto a mi boca

como un fuego tu respiración